

MI VENENOSA CREENCIA

La causa de mi acción política durante la dictadura no la animó la ambición de poder ni el deseo de fama. Mis propósitos eran más originales que las motivaciones comunes de vanaglorias. Cuando tantas familias y tantos intereses culturales eran machacados por el Estado de la Victoria, pensar en mi promoción personal habría sido, de haberlo podido imaginar, algo desplazado y despreciable. Sabía que la ambición de poder era el sostén indispensable de las vocaciones políticas. No desprecié a los que la subordinaban a una causa más alta que la de ser jefes de partido o de gobierno. Las meras ambiciones de partido nunca me parecieron mejores que las de bandas de barrio o pandillas de colegio. Los partidos son idóneos para la acción, no para el pensamiento. Pensar en plural es imposible. No deja de ser repetición de consignas. Pero en mis circunstancias particulares entraron en juego, para mi fortuna, otros resortes psicológicos y culturales que lograron dar a mis convicciones y decisiones la firmeza y constancia que no suelen acompañar a las puras ambiciones de poder o fama.

La idea y la acción de fundar la Junta Democrática habrían sido inconcebibles para otra persona que no hubiera pensado por su cuenta en las causas del triunfo del fascismo y del fracaso de los intentos de unir a toda la oposición. Yo estaba preparado y listo para esa acción porque, desde que percibí, en 1956, signos de fractura en el bloque fraguado con el cemento del deseo de tranquilidad que sostenía la dictadura con más contundencia que la policía (disturbios estudiantiles, huelgas significativas, nueva estrategia del PC con su lema religioso de «reconciliación nacional» y el hecho capital de la ascensión al Estado de los hombres del Opus Dei), cayó sobre mi entendimiento la venenosa creencia de que la dictadura podía ser derrotada en vida del dictador. Sin proponérmelo como plan voluntario, pero asumiendo todas sus consecuencias, recayó sobre mi conciencia el ineludible deber de dedicar mi vida a intentarlo a todo coste. Mis actos de sociedad, mis relaciones, mi carrera profesional de notario y abogado, mis estudios de los genios del pensamiento y de la acción, todo lo que hacía, pensaba o imaginaba, salvo el amor, la familia y la amistad, lo orientaba a esa insoslayable meta. Una insaciable sed de conocimiento, una gran confianza en mí mismo y la alegría de mi temperamento vital impidieron que esa orgullosa pasión se convirtiera en una obsesión malsana.

El hecho es que una vez poseído por la idea de derrotar, más que al dictador, a la dictadura, se apoderó de mí, como de un mero instrumento, el ideal de la libertad política y la democracia formal. Supe desde entonces que ese ideal implicaba una verdadera revolución política en España, y que la necesidad de realizarlo me haría indefectiblemente su es-



clavo. Tenía 29 años y una sólida preparación en todas las materias que afectan al conocimiento de la política (historia, derecho, filosofía, economía, sociología, antropología y literatura). Había meditado durante muchos años sobre las causas institucionales que hicieron perder, con tanta facilidad, a los sistemas parlamentarios del continente europeo. Por ese motivo, nunca he dejado de dar prioridad en la política a las cuestiones constitucionales. Era soltero y ateo respetuoso de la tradición religiosa en que había nacido. Con independencia económica, estaba decidido a concordar mi peripetia vital con la visión optimista que me daba la reflexión sobre el sentido de la vida y de la historia. Y se ofrecían tres caminos para emprender una acción coordinada contra la dictadura. El burgués, el obrero y el universitario. Recorrí los tres. Y en esa experiencia, tan original y variada, encontré las claves para crear, en el momento preciso, la Junta Democrática.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ETA LOGRA SUS OBJETIVOS

Eta va logrando algunos de los objetivos que se ha marcado a medio plazo. Los resultados del «euskobarómetro» así lo demuestran. Los amigos del norte de Juan Bravo ofrecen un análisis del citado sondeo que hace más preocupante aún si cabe el futuro inmediato del País Vasco.

Uno de los objetivos de la banda terrorista—recuerdan—es el de imponer la celebración de un referéndum de autodeterminación, como paso previo a la independencia vasca. Pero esta consulta sólo sería convocada, como no puede ser menos, cuando se pueda ganar. Para ello los pistoleros y sus

complices trabajan todos los días en lo que ellos llaman la «creación de las condiciones favorables» que les permitan ese triunfo.

El resultado del último «euskobarómetro», que indica que un 15 por ciento de la población está dispuesta a abandonar el País Vasco, es un triunfo para Eta y, en cierto modo, también para el Partido Nacionalista Vasco, que mantiene en este punto una estrategia paralela. Porque ¿quiénes se van a ir? ¿Los que votarían a favor de la independencia o los que lo harían en contra?

Juan BRAVO

SERVICIOS PÚBLICOS



la ciudadanía, deberían ser atendidos por un Estado moderno y eficaz, en lugar de convertirse en negocio beneficiario de una minoría. Cuando la señora le contesta que en tal caso podría pensar en renunciar a pagar sus impuestos, el caballero queda mudo, sumido en la perplejidad. Al parecer nunca se le había ocurrido pensar que su aportación como contribuyente debería repercutir en servicios que facilitasen la solución de sus necesidades vitales, así como el derecho a exigirlos.

El episodio anecdótico que acabo de relatar no deja de resultar significativo de la inconsciencia que padecen gran parte de nuestros conciudadanos sobre el papel del Estado para impulsar el rendimiento de una sociedad y elevar la calidad de vida de sus miembros. O de los gobernantes que, en lugar de considerarse meros gestores de un patrimonio económico que pertenece a la sociedad, en todas sus variedades de color y diversidad de proyectos, ya sean afines o radicalmente opuestos, se apropian de los recursos públicos, para favorecer a sus correligionarios—no digamos ya a los amigos—y seguidores.

Se halla difundida en nuestro país una amplia desconfianza respecto al Estado, percibido como algo ajeno a los intereses del individuo y del conjunto de la sociedad. Las raíces de esta mentalidad son antiguas e importantes. El Estado ha sido largamente secuestrado por una minoría, que lo convierte en su botín, según la expresión de Ramiro de Maeztu, primero tomada por los caciques, después por los vencedores en la Guerra Civil. Por otra parte, la Iglesia ha jugado, en una singular contienda de investiduras, un importante papel erosionador del Estado. Ha pretendido erigirse en poder superior, en maestra suprema de conciencias, obsesionada con el sexo, relegando la educación en los valores cívicos, cual ocurría al defender, por ejemplo, sus moralistas la licitud del contrabando. Y, lloviendo sobre mojado, ha llegado el actual discurso neoliberal y privatizador. Con él, el Estado de Bienestar, que, al menos, limaba las injusticias capitalistas, se convierte en Estado Guardián. Sus funciones básicas se centran cada vez más en la policía y el ejército, abandonando los servicios sociales a la mítica iniciativa privada y a la libre competencia. Lo cual equivale a sustituir el servicio al ciudadano y la ciudadana, como orientación primordial de la acción en este terreno, por el beneficio particular de las empresas suplantadoras del Estado. La racionalidad social es sustituida por el desorden en que se salvan sólo los más poderosos económicamente. Un nuevo feudalismo, en que, sobre la abandonada masa de siervos y vasallos, emergen dotados de exquisitos y privilegiados servicios privados, los nuevos señores feudales, no definidos por la nobleza ancestral de sangre, sino por el dinero. Una sociedad que podríamos bautizar como «plutofeudalismo».

Carlos PARÍS

